



En el principio fue la logosfera –ese periodo que va de la invención de la escritura a la imprenta: Dios dicta y el hombre escribe. Luego, durante la grafosfera –de Gutenberg a 1968, el año 1 de la televisión– vivimos en la edad de la Razón, del libro y del socialismo. Hoy, en la videosfera, la edad de la imagen, el libro y sus victorias sobre los invisibles de las épocas anteriores –Dios, Historia, Progreso– ha sido derribado de su pedestal.

Y, en efecto, no hay lucha de clases sin clases sociales; no hay política sin polémica, y no hay batalla de ideas cuando el dinero se ha convertido en el único motivo en la guerra de las ondas en transmisión. En lugar de todo esto viene la lucha de las imágenes y las personalidades, las batallas entre la primicia y lo jugoso. Para eso no se necesitan partidos.

Sin embargo, quizá cada uno de nosotros contiene a la vez las tres etapas. Nos soñamos fuera del tiempo; pensamos en nuestro siglo; nos imaginamos qué haremos con nuestro atardecer.

Socialismo: un ciclo de vida

RÉGIS DEBRAY

Es imposible entender la naturaleza de la vida colectiva de cualquier época sin una comprensión de las formas materiales y los procesos mediante los cuales se transmiten estas ideas a las redes que hacen posible una existencia social del pensamiento. En realidad, las etapas sucesivas del desarrollo de estos medios y relaciones –a cuyo conjunto podríamos llamar “mediosfera”– sugieren una nueva periodización de la historia de las ideas.¹ La primera, a la que podríamos llamar la logosfera, es ese largo periodo de la historia que va de la invención de la escritura (y de las tabletas de barro, papiros, rollos de pergamino) al surgimiento de las publicaciones impresas. La etapa del logos, y también de la teología, en la que la escritura es, en principio y sobre todo, la inscripción del mundo de Dios, el “secreto tallado” de los jeroglíficos. Dios dicta, el hombre transcribe –en la Biblia o el Corán– y dicta a su vez. La lectura se hace en voz alta, en compañía: la tarea del hombre no es inventar, sino transmitir las verdades recibidas.

Un segundo periodo, la grafosfera, va de 1448 a aproximadamente 1968: desde la revolución de Gutenberg hasta el surgimiento de la televisión. Es

la edad de la razón y del libro, del periódico y de los partidos políticos. El poeta o el artista surgen como garantes de la verdad; la invención florece entre la abundancia de referencias escritas; la imagen se subordina al texto.

La tercera etapa, que se extiende hasta nuestros días, es la era de la videosfera: la edad de la imagen, en la que el libro y sus victorias sobre los grandes invisibles de las épocas previas –Dios, Historia, Progreso– ha sido derribado de su pedestal.

Esta periodización mediológica nos permite ubicar el ciclo de vida del socialismo, ese pilar del esfuerzo político, entre los últimos 150 años de la grafosfera, y explorar su ecosistema, por decirlo de alguna manera, a través de su proceso de propagación. El socialismo no será tratado aquí como el valor intrínseco de cualquiera de sus ramas, sino con la intención de comprender las bases mediológicas comunes que subyacen a todas sus ramificaciones doctrinarias –de Fourier a Marx, de Owen a Mao, de Babeuf a Blue– abordándolo como un conjunto de hombres (militantes, líderes, teóricos), herramientas de transmisión (libros, escuelas, periódicos) e instituciones (facciones,

partidos y asociaciones). El ecosistema toma la forma de un sociotipo particular, un medio para la reproducción de ciertos tipos de vida y pensamiento. El tipógrafo profesional ocupa un nicho especial en este ecosistema, la conexión clave entre la teoría proletaria y la condición de la clase trabajadora; allí se localizan los mejores medios técnicos para intelectualizar al proletariado y proletarizar al intelectual, el doble movimiento que han constituido los partidos de trabajadores. Para el impresor es esencial un “trabajador intelectual o un intelectual trabajador”, el máximo ideal de tipo humano que será el pivote del socialismo: “el proletario consciente”.

El ciclo de vida de este ecosistema empieza, por lo menos en Francia, poco después de la revolución de julio. El saintsimonismo organizado nació una tarde de invierno de 1831, cuando el carpintero Gauny conoció en París al vendedor de libros Thierry. El trabajo de propaganda de la “familia” saintsimonista se planeó para cada distrito, y a los directores locales se les encargó la educación de los trabajadores. Por lo tanto, nuevos encuentros entre sombrereros, vendedores, bodegueros, empleados, impresores, fundidores de tipos; todos ellos responsables de dar las clases de la tarde y, lo más importante, producir sus periódicos: *Le Globe*, después *La Ruche Populaire*, *L'Union*, y más. El ciclo llega a un final después de mayo de 1968, el año uno de la videosfera. Pero la expansión del ciclo de vida del socialismo puede ser mejor entendida dentro de un lapso más amplio de tiempo: la edad de la grafosfera, aparecida con la primera era moderna –el surgimiento del libro–, que comprende tres capítulos sucesivos: reforma, república y revolución.

La hélice genética

El inventor de la palabra socialismo fue el genial tipógrafo, enciclopedista y participante en la revuelta de 1848, en París, Pierre Leroux. Nacido en 1797, hijo de un tabernero, Leroux asistió a la Escuela Politécnica y se unió a una imprenta donde perfeccionó un nuevo proceso, el pianotipo. Fundó el periódico *Le Globe* en 1824 y, con George Sand, la *Revue Indépendante* en 1841. Cuando se mudó a Boussac, estableció su propia

empresa de publicaciones y atrajo una pequeña comunidad de discípulos y lectores. Fue elegido para la Asamblea Constituyente en 1848. La combinación de libro, periódico y escuela, que sería la hélice genética del movimiento de los trabajadores fue prefigurada por Leroux. El socialismo nació con la medalla de los impresores alrededor del cuello.

Libro, periódico, escuela: una memoria de la práctica cultural que precedió a los programas políticos. El socialismo fue en su formación un oficio, antes de que se convirtiera en una mentalidad. Su despegue comenzó en un momento histórico específico: 1864, con la Primera Internacional fundada en Londres; 1866, con la Liga de la Educación fundada en París; 1867, con la rotativa, inventada por Marinoni, que permitió el surgimiento de impresiones de diez páginas, pero también con una forma de conciencia particular. “Las tres aspiraciones que abrigaba la clase trabajadora del siglo XIX”, transcritas por el capataz Pierre Bruno en sus memorias, fueron publicadas en la víspera de la Comuna: “La primera es combatir la ignorancia; la segunda, combatir la pobreza, y la tercera, ayudarse entre sí.”² La primera y la más importante era luchar contra la ignorancia, invocando las fuerzas de la razón. El socialismo de la clase trabajadora era también hijo del espíritu dirigido por la razón de la edad de la grafosfera.

Los tipógrafos, intelectuales y maestros eran los tres pilares del movimiento socialista, cada uno correspondiente a una pata del trípode mediológico. ¿Qué se ofrecía en cualquier logia de trabajadores o *maison du peuple*? Una biblioteca, periódicos, clases en la tarde y conferencias. Todavía hoy existen las plataformas: los libros y periódicos. Pero el eje central de la transmisión se movilizaba a cualquier parte, llevando el aparato de celebración, el prestigio y los valores que le habían conferido una cierta aura a través de los libros, los maestros y las conferencias que circulaban por las asociaciones de trabajadores y universidades populares.

Una poderosa cultura oral jugó también un gran papel en el movimiento de los trabajadores: las arengas en los mítines, los discursos de los congresos, Jaurès en Pré-Saint-Gervais, Lenin en la

Plaza Roja, Blue en Tours o en la Plaza de la Nación en 1936 –todos hablando sin la ventaja de los micrófonos, gritando hasta enronquecer, hasta el límite del cansancio, ante decenas de oyentes. Pese a que quienes daban los discursos en el socialismo dependían más de su púlpito público que de su prensa, su retórica estaba marcada, no obstante, por su cultura libresca y una larga familiaridad con la palabra escrita. Pese a su extemporaneidad, atrapa el sentimiento del lector o el académico. Muchos eran grandes parlamentarios, oradores y tribunos en la clásica tradición republicana; pero sus discursos estaban formalmente apoyados en la palabra escrita, las bases reales de la ley, según su punto de vista y el de sus afiliados.

Los poderes de lo invisible

“Desde 1789, las ideas por sí solas habían constituido la fortaleza y la salvación del proletariado. Le debemos a ellas todas las victorias”, escribió Blanqui (uno de aquellos que trasladaron las ideas de 1789 a la Comuna de París). Las ideas abstractas eran el abecedario de los aprendices de militantes. Las nociones de proletariado y burguesía, al igual que las de fuerza de trabajo, plusvalía, relaciones de producción, etc., en las que se basaban, no se podían percibir con los sentidos. En segundo lugar, proyecto o mito, la idea de una revolución “como debería ser” era la negación y la trascendencia de lo inmediato, la superación del presente. Como discurso lógico y empresa moral, la utopía socialista pedía una ruptura interna con la “corriente de la vida de cada día”, un acto de fe que movilizaba los poderes del análisis conceptual para romper con la imaginaria social aceptada mediante abstracciones elementales como “explotación”.

La escritura colectiviza la memoria individual; leer individualiza la memoria colectiva. El ir y venir entre lectura y escritura fomenta el sentimiento de la historia haciendo surgir posibilidades dentro del presente, creando telones de fondo y primeros planos: es fundamental para la idea del socialismo que cuando haga frío afuera y la noche sea larga, la memoria signifique que no estamos solos. La memoria alfabética, como Hegel la planteó. Comparaba “el inestimable valor educacional” de aprender a leer y escribir con ca-

racteres del alfabeto, en oposición a los jeroglíficos; describía cómo el solo proceso de la escritura alfabética ayuda a llevar la atención de la mente de las ideas inmediatas e impresiones de los sentidos a “la estructura más formal de la palabra y sus componentes abstractos”, de una manera que “proporciona estabilidad e independencia al reino interior de la vida mental”.³

Todos los hombres de acción revolucionarios que he conocido, desde el Che Guevara hasta Pham Van Dong, pasando por Castro (no el autócrata, sino el alguna vez rebelde) –y ni qué decir de las enciclopedias andantes conocidas como trotskistas– eran tan dedicados a los libros, como poco receptivos a las imágenes. Un hegeliano explicaría esto diciendo que leer conduce a un desprendimiento crítico y, al igual que “no hay ciencia si no está oculta”, tampoco hay futuro sin los “ensayos” del pasado para anticipar la utopía. La abstracción fortalece la acción, al igual que la remembranza conduce a la innovación. Los más grandes modernizadores inauguran su carrera con un salto hacia atrás, y el renacimiento se lleva a cabo con un retorno al pasado, un reciclamiento; y por lo tanto, una revolución. Colón descubrió América en una biblioteca, mediante la lectura concienzuda de antiguos textos y cosmografías. El antiguo régimen en Francia fue derribado no por quienes admiraban a Montgolfier o a Washington, sino a Licurgo y a Catón. Chateaubriand y Hugo revolucionaron la literatura a fuerza de ruinas góticas; Nietzsche saltó sobre Julio Verne con la ayuda de los presocráticos y Freud revisitó a Esquilo.

La desgracia de los revolucionarios es haber heredado un poco más que la mayoría de la gente. La palabra escrita es vital para estos transmisores de la memoria colectiva, pues sus herramientas analíticas han forjado sus tradiciones. Un legado de ideas no es transmisible automáticamente; hay mejores o peores ambientes históricos para transportar abstracciones, al igual que hay mejores y peores conductores de la electricidad. El acto revolucionario por excelencia empieza con un sentimiento de nostalgia, el regreso al texto olvidado, el ideal perdido. Detrás del “re” de la reforma, la república o la revolución –de reensayar, recomenzar, releer– hay un movimiento rápido a través de las páginas del libro, del final al comienzo.

Mientras el dedo que presiona el botón para avanzar una cinta o un disco, nunca se plantea el *establishment* como un peligro.

Testimonios de pergamino

Si los noticiarios son el medio de la historia como espectáculo, el archivo lo es para la historia como práctica. La historia del comunismo –como utopía revolucionaria, no como dictadura burocrática– ha sido un relato de archivistas y viejos papeles. El comunismo fue una invención libresca de Gracchus Babeuf, un especialista en la ley feudal, que extrajo sus ideas centrales de Rousseau, Mably y antiguos pergaminos. La idea floreció en los grandes almacenes de la palabra escrita. Para Michelet: “Mi historia de la revolución francesa nació en los archivos. La estoy escribiendo en este almacén central” –la oficina de los registros oficiales. Los hombres tejen entre los textos, los textos tejen entre los hombres. Los mitos engendran actos que engendran mitos, y el movimiento de las narraciones incita el movimiento de la gente. Las historias de Roma tuvieron sus efectos en los diputados de 1789, *La historia de los girondinos* de Lamartine y *La historia de la revolución francesa* de Louis Blanc en quienes participaron en la revuelta de 1848; *Los miserables* de Hugo en la Comuna, y su *Noventa y tres* en el nacimiento de la Tercera República.

El testimonio dio la vuelta al mundo de mano en mano: de la Sociedad de Iguales, fundada por el medievalista Babeuf, a la Sociedad de Nuevos Ciudadanos, fundada por el joven bibliotecario Mao Zedong. Buonarroti (1761-1837), un año más joven que Babeuf (1760-1797) eludió el directorio de la policía y sobrevivió cuarenta años a su amigo. En 1837 fue publicado el relato de Buonarroti de la historia que vivió, *La conspiración de Babeuf por la igualdad*, en Bruselas, donde Marx se refugiaría después de que lo expulsaran de París en 1845, y encontraría a su primer apóstol en el joven Philippe Gigot, un paleógrafo y archivista. Exiliado en Bruselas, sirvió de plataforma después de la Restauración de 1815. Allí Buonarroti se quedó con los antiguos delegados de la Convención, Barère y Vadier, que organizarían a los carbonarios, la semilla de las sociedades secretas que

surgieron durante la monarquía de Julio, y de las que surgiría la Liga de la Justicia; que sería a su vez reconstituida como Liga Comunista en 1847 por Marx y Engels, junto con los delegados de Blanqui, “la cabeza y el corazón del partido proletario en Francia”. Treinta y nueve años en la cárcel y cuatro sentencias a muerte; fue por medio de Blanqui (1805-1881), “el prisionero”, que se hizo el tránsito del jacobinismo al socialismo, desde 1793 a la Comuna de París; Blanqui que le tomó la antorcha a Vaillant, quien se la pasó a Jaurès, quien desfiló en su columna en *La Dépêche* de Toulouse, era “El Lector”, que fue seguido por Blum, crítico literario de *La Revue Blanche*.

Un maratón olímpico: el brillo de una carta –más de luciérnaga que de llama– pasa de corredor en corredor, como si el revolucionario fuera un agente del futuro, y el corazón del mensaje radicara precisamente en su transmisión: el destello del telégrafo de un poste a otro, mediante esos semáforos humanos. No hay que olvidar los murmullos de los valles, cerca de doscientos años de historias que iban de las abuelas a los más pequeños. “Mi infancia estuvo llena de historias sobre la larga marcha de los pobres, a través de las edades”, recuerda el viejo comunista francés Gérard Belloin.

“Las historias eran provocadas por una corteza de pan en el suelo, por una gota de sopa abandonada en el tazón. Eran contadas por las abuelas, que las habían oído cuando ellas mismas eran jóvenes. Como corrientes subterráneas, de cuyo curso no puede hacerse un mapa porque parece que sus aguas desaparecen por completo y, de pronto, resurgen de nuevo de sus fuentes, la crónica del campesino sufriente poco conocida. Pero tuvo que correr por el subterráneo, ser cargada por voces anónimas; cada generación confiando sus ensayos a la siguiente. Por momentos aumenta en su insistencia o parece disolverse, pero nunca se va. ¿Está mezclando constantemente el pasado y el presente, para no hablar de los problemas del pasado que se fue, sino atraer la atención hacia los de ahora? ¿No pasó hace mucho tiempo? Oh, claro, mi niño, hace mucho, mucho tiempo. Pero ¿cómo podemos estar seguros? Para un niño, ¿qué tan antes es hace mucho tiempo?”⁴

La prensa de los trabajadores y la biblioteca so-

cialista eran cruciales igual para los anarquistas, los proudhonistas, los leninistas y reformistas. Saint-Simon era copista, corrector de pruebas y vendedor de libros; Proudhon era un tipógrafo. También lo era Pablo Iglesias (1850-1925), fundador del Partido Socialista Español. Era un periodista español y tipógrafo, José Mesa, quien exiliado en París transmitió el legado de la Primera Internacional a Jules Guesde, un sargento reclutado del socialismo francés. Anarquistas y socialistas eran los hermanos guerreros de una familia: panfletos, artículos, periódicos, suplementos literarios llenaban sus vidas. Ambos seguían la orden de Lutero: ahorrar, pasar privaciones y estar sin dinero para establecer “buenas bibliotecas y librerías” por todas partes. Los hijos de Marx y Bakunin compartían el mismo evangelio: leer y lograr que otros leyeran. En cualquier parte a la que fueran dejaban una biblioteca. Hobsbawm podía medir el grado preciso de penetración del socialismo en Europa entre 1890 y 1905, comparando el número anual de publicaciones.⁵

El culto al libro tuvo sus momentos en el púlpito. Hugo dirigiéndose a los trabajadores analfabetos:

¿Han olvidado que su libertador
es el libro? El libro está allí en las alturas;
brilla, porque resplandece e ilumina,
destruye el patíbulo, la guerra y el hambre;
habla: no más esclavos y no más parias.⁶

Y el libro tuvo también su versión triunfal y alegremente subversiva en el boletín de Julés Vallès a su editor, donde le advierte que “las galeras deben estar en quince días” y “el paso por la prensa” en dos meses. “Inhalo profundo y saco el aire. ‘Pasar por la prensa.’ ¡Es tan bueno como la orden de disparar! En las barricadas, es un cañón metido entre los tablones.” Y Hugo mismo escribió: “Nada se parece tanto a la boca de un cañón como el tintero abierto.”⁷

La clandestinidad oriental

Después de 1945, este heroísmo alfabético emigró al tercer mundo equipado con faros para huracán, libros de ejercicios y plumas atómicas. La emancipación mediante la alfabetización, las sombras

oscuras de la superstición se fueron enterrando gradualmente bajo millones de páginas blancas –este simbolismo eluardesco de la Europa del siglo XIX encontró un paraíso en la mitad del siglo XX, en la lucha contra el “imperialismo occidental”. La primera acción fue emprender una campaña de alfabetización en masa.⁸ *El pequeño libro rojo* era el talismán de la China de Mao.

El proceso se congeló en los enormes conservatorios de formas obsoletas –los museos para las palabras– de Europa del Este en el periodo de posguerra, donde las fuentes vivientes del pasado permanecen fosilizadas. Aunque los estudiosos y académicos del “socialismo realmente existente” tenían un alma tipográfica. Un vistazo a los indicadores de la UNESCO del número de libros por cabeza, cantidad de bibliotecas públicas, promedio del gasto doméstico en libros, etc., muestra que durante la guerra fría, los países comunistas –donde la economía era agobiante y la cultura audiovisual casi no había llegado– alcanzaban todos los récords en el papel impreso. Viajar a través de todas esas viejas provincias del mundo, en las que estaba vivo el siglo XIX europeo, era ser testigo de un culto universal a los libros, una idolización de los escritores soviéticos estelares, y más probablemente de los novelistas y los poetas que de los actores y los músicos. Con la atrofia de la imagen vino una hipertrofia del texto. Su aura aumentó con la censura.

Los partidos de Estado tienen tal respeto por el poder de las palabras que las mantienen bajo vigilancia perpetua; su represión hace de cualquier dato clandestino, una granada a punto de explotar, en el sentido de las “mejores” tradiciones zaristas. Todo se repetía, pero al revés. Bajo el Estado estalinista, la *intelligentsia* rusa invirtió su tiempo honrando el combate tipográfico, con sus trabajadores espías. ¿Pero de qué más se puede hablar en la larga historia de la clandestinidad rusa, sino del *Kolokol* de Herzen (1855), del *Iskra* de Lenin (1900), de las historias de las imprentas clandestinas de hojas ilícitas de nuevas noticias, de los libros cosidos a los grandes abrigos? En *Los endemoniados* de Dostoyevsky, Verkhovensky le pone una trampa a Shatov enviándolo a recoger un impreso enterrado en el patio de una escuela.

Entre los diversos grupos de oposición, también entre los disidentes y el Estado, los frentes de

batalla se trazaban en la imprenta, sobre todo mediante los periódicos. Los populistas rusos (los ancestros directos de los grupos de estudio marxistas y de los partidos) pusieron incluso mayor énfasis en la importancia de los impresos, que las sociedades secretas y los carbonarios de Occidente. Lenin se definió a sí mismo como un publicista,⁹ a la manera de Chernyshevsky o Herzen, quienes se mudaron a Londres porque los caracteres cirílicos eran inaccesibles en Rusia. En comparación con la era de Brezhnev –mejor organizada y, por lo tanto, con menos sed de sangre que la autocracia zarista–, la propaganda escrita precedía y era alternada con la de las proezas. En los 1880, en Rusia, la profesión más cercana a “editor” era “terrorista”. La letanía de la policía del zar era: “¿dónde está la prensa para imprimir? ¿El primer eslabón en la cadena de mensajería? ¿La oficina de envíos?” El cerebro de la conspiración era inevitablemente un vendedor de libros o un impresor. El problema más irritante era cómo movilizar las cosas (literatura subversiva o bombas) en las profundidades del equipaje de los viajeros.¹⁰

La caída del comunismo en el Este atestiguó entonces la existencia de las últimas sociedades literarias en Europa, y también el triunfo de la extravagancia del *showbusiness* sobre las ediciones y del lector masivo de los clásicos, al igual que la vieja cultura de impresión en Europa fue seguida de una “cultura de masas” importada de Estados Unidos. El secuestro completo del Iluminismo en manos de la nueva imagería popular podría ser la derrota de Diderot a manos de Disneylandia, vista como emancipación. En una notable ironía histórica, la victoria del humanismo provocó la derrota cultural de las humanidades. Tiempos de prosperidad para la televisión y los anunciantes en Europa del Este, tiempos difíciles para las librerías y los editores.

Alma mater

Si la historia de las escuelas siempre va cargada de significado político, la historia política está, a su vez, cargada de implicaciones. La “batalla por la educación” siempre figura en los primeros lugares de la agenda de la izquierda; el socialismo como una pedagogía sobre la visión del mundo, sabía

que su propia supervivencia estaba en participar en ella. Cualquier militante que se enrolara en una escuela de socialistas pensaba que debía primero absorber los hábitos del aula. El código de honor socialista estaba modelado sobre el del buen alumno: quien pueda sobreponerse al aburrimiento del salón de clases triunfará sobre la clase enemiga.

Los primeros movimientos de trabajadores surgieron antes del advenimiento de la educación masiva; los levantamientos de los trabajadores de la seda, las huelgas de los tejedores y de las compañías mutualistas de seguros no esperaron a la escolaridad universal para existir. Pero los sindicatos y el “poder de los trabajadores” está autodelimitado por sus ideas, y la sola filantropía sólo podría haber producido centros de enseñanza para adultos. Fue el proyecto educacional del socialismo que llevó esta visión más allá de los sindicatos y los gremios. Sus partidarios se crearon en la fuerte convicción de que la clase es un instinto, pero el socialismo es la elevación de la conciencia. La labor de la escuela no era la incubación sino la producción. Esto se consideró al centrarse en forma intensiva en las cuestiones educacionales. “Por cada escuela que se abre, una prisión se cierra.” La mística de la escuela emancipada y emancipatoria era un tributo que rendían las clases trabajadoras al Estado burgués.

Numerosos maestros (Guesde y Jaurès entre ellos) iban atrás y por delante, entre la pizarra y la tribuna. La Primera Internacional (1864) y los trabajadores de la Liga Educativa (1867) reunían sus empleados, equipos y periódicos. Uno de los primeros actos de la Comuna de París fue designar una Comisión de Educación, encabezada por Edouard Vaillant. Louise Michel, deportada a Nueva Caledonia, con la supresión de la Comuna, abrió ahí una escuela inmediatamente para los canacos (si hubiera tenido acceso a la prensa y a los tipos, no hubiera dudado en lanzar el primer periódico de la isla). Desde sus comienzos, en 1920, el Partido Comunista Francés reclutaba sus cuadros estelares entre los maestros de escuela y los profesores. La rama mejor establecida de la Internacional de entreguerras fue la sección de los trabajadores de la educación, dirigida por Georges Cogniot, un latinista.

Los trabajadores de los molinos fueron centro del imaginario comunista durante la primera revolución industrial; los mineros y los trabajadores del acero retomaron el papel durante la segunda; pero fueron los profesores de primaria, con su espartana y sentenciosa modestia, quienes hacen patente que las raíces del socialismo organizado llegan hasta la cultura preindustrial de la Ilustración. El antiguo comunista, Gérard Belloin, un niño del campo y de la página, un hombre que se educó a sí mismo, ilustrado por la Resistencia, da un ejemplo notable de la ecología de un militante en sus memorias: “cuando pasábamos la noche deslizándonos bajo las puertas o dentro de los buzones, nos sentíamos animados por ir de vuelta a casa, como el maestro de escuela al final de la lección.” Belloin fue más allá, no por ganar puntos en el partido sino más allá de la mera devoción. “En esos días (estamos en los años 50, por las orillas del Loire) no nos atrevíamos a difamar el aprecio social al maestro, o dudar del grado de esfuerzo personal que le había costado a él serlo. Según la escala de valores comúnmente aceptada y sustituida por una explicación de clase social, era casi al contrario. Los depositarios del conocimiento, eran casi las únicas personas en la localidad reconocidas como tales, junto a los doctores, los curas, los auditores, los notarios y los químicos... estábamos imbuidos del sagrado respeto popular al aprendizaje, los libros y los intelectuales.”¹¹

La naturaleza ritual de este respeto dice lo mejor de Belloin y de su clase –y lo peor, pues los ceñía y aplastaba. Hay un germen de estalinismo en la franqueza del enciclopedismo, la estupidez dentro de la inteligencia. Una distinción fatal predominaba entre los líderes y la dirección. La autoridad intelectual se volvió la base de la dominación política, el conocimiento se nacionalizó, porque las doctrinas, como los templos o los países, necesitan fronteras y sacerdotes armados para vigilarlas. Los déspotas más filisteos se hallan a sí mismos coronados por los laureles del conocimiento. El academicismo, la museomanía y el olor general a naftalina, que impregna las sociedades soviéticas, se volvieron endémicos, cuando la manera “tradicional” fue erigida como la norma del futuro: la venganza póstuma del archivo sobre

la invención. El didactismo, la solemnidad, la rigidez del discurso soviético y su aura moralista sobrevinieron cuando la escuela llegó al pensamiento y lo avasalló con mano de hierro. El manual se convirtió en programa y el resultado es una cruda simplificación: estereotipos y superficialidad.

La cultura socialista es, paradójicamente, atrapada por un programa elitista que refleja valores “burgueses”, por no decir “aristocráticos”, cuyo deterioro apresura el de los valores socialistas. El socialismo estuvo marcado durante la primera mitad del siglo xx por un universo educacional que despreciaba el conocimiento técnico, comercial, industrial e incluso las matemáticas, pero enseñaba el latín y el griego como si fueran lenguas vivas. Para el lector actual, buscar en los archivos del movimiento de los trabajadores franceses antes de la bolchevización de los comunistas y de la estandarización de los socialistas, es como ir de la revista *¡Hola!* a la *Metaphysics and Ethics Review*. Jaurès poseía el mismo bagaje cultural que Marx y Trotsky, y que sus oponentes Barrès y Maurras. Hay afinidades más profundas entre Jaurès y Barrès, que entre Jaurès y cualquier líder actual socialista. Esto es porque la lectura en vacaciones de Jaurès era el original de *De natura rerum*; a Blum le gustaba descansar con una traducción de Lucrecio; ahora el elefante socialista elegirá los estrenos de la estación y un periódico escrito en *spanglish*. Si escogiera a Lucrecio sobre las últimas encuestas de opinión, perdería su puesto. El biotipo hace al animal, más que cualquier otra cosa que haya alrededor.

El sagrado periódico de la mañana

Libro, escuela, periódico: para el militante de partido, el énfasis se ponía en los tres. Las primeras publicaciones de corta vida de la clase trabajadora en Francia aparecieron entre 1830 y 1840. En realidad fue el periódico de Buchez, *L'Atelier*, el que acuñó la expresión “clase trabajadora”. El periodo intermedio fue crucial, pues fue en él que la “escuela creada” se convirtió en “partido creado”. Para la iglesia un periódico diario es algo adicional; para el partido es lo principal. *L'Humanité* era estratégico para el Partido Comunista Francés,

pero *La Croix* no lo sería para los clérigos. Las iglesias han ido y venido antes del invento de la imprenta, pero no había ningún partido de los trabajadores antes de la aparición de los volantes, alrededor de 1860. La ideología socialista tiene la duración de la forma llamada partido, y esta forma duró tanto como los diarios del partido –más o menos cien años. *Le Peuple*, por ejemplo, el órgano de los socialistas belgas, se extinguió con dignidad en 1979, a la edad de 94 años. Había luchado con Jaurès, Vandervelde y Huysmans por el sufragio universal, la liberación de la mujer y los derechos humanos. Después de eso, sólo sobrevivía con una identidad distinta bajo el mismo nombre.

“El periódico no sólo es un propagandista colectivo y un agitador, es también un organizador colectivo” (Lenin). Su difusión une, crea una red de intercambios y relaciones. Jaurès, Trotsky y Lenin llevaban a cabo las mismas tareas (escritura, tipografía, impresión y envío) que realizaban Vallès en *Le Cri du peuple*, Elisée Reclus en *Le Révolte*, y Jean Grave en *Temps nouveaux*. Aunque hacían referencia a Marx, Bakunin o Fourier, las palabras impresas eran sembradas para cosechar activistas. Lenin estableció su partido con *Iskra*, Guesde con *L’Egalité* y Jaurès con *La Petite République*. Cabet propagó su sueño icariano con las herramientas y los métodos empleados por Marx y Engels.

El volante de noticias políticas tenía serias implicaciones, daba fe de la mediación activa de una idea del Hombre entre los hombres; una apuesta arriesgada a corto plazo. Los periódicos de las principales tendencias, productos de conglomerados de medios, están concebidos como cajas negras: llegan los eventos y sale la información. El periódico de un partido juega un papel distinto: transforma una concepción del mundo en un pequeño cambio, un sistema filosófico en los lemas de cada día. Los eventos son enfocados por y con una idea; las energías individuales son enfocadas con el liderazgo. En comparación con el periódico como espejo, el periódico como guía satisface el papel asignado por Kant al esquema: el de intermediario e intérprete entre el concepto puro y la apariencia de las cosas. En la tradición de la prensa socialista, el autor de la doctrina es su propio intermediario; esto es lo que lo distingue de sus contemporáneos, los de las bellas letras. “Para los

‘intelectuales’, la otra profesión que deben practicar junto a la suya es, seguramente, la de impresor”, escribió Andler en su *Vida de Lucien Herr*. “Vendrá con seguridad un momento en el que los escritores y los científicos sabrán cómo manejar un linotipo. Cuando deseen publicar un libro, podrán rentar una rotativa, igual que uno renta un coche de motor para manejarlo uno mismo.”¹²

Herr mismo fue un pionero en este campo. Como bibliotecario de la Escuela Normal fue quien impulsó a Jaurès y Blue; fue por varios años el editor anónimo de la página de noticias internacionales de *L’Humanité* (un nombre que él acuñó). Aragon, Nizan o D’Astier hicieron mucho en ese terreno. Hasta muy recientemente, un conocimiento de la impresión y del manejo de la prensa era necesario para el trabajo de los intelectuales que nunca delegaban en otros estas faenas, y que preferían ser sus propios jefes escritores, copiadores, lectores de pruebas, diseñadores y administradores. Dirigir el periódico y dirigir el partido se sobreponían; era impensable para el líder ser analfabeto. Mientras el diario



político servía como órgano interno para las luchas políticas de los intelectuales, el periódico era planeado por legos y amateurs. Formaba un puente entre “la teoría de la vanguardia” y el “movimiento espontáneo de la clase”, en el lenguaje de Lenin; o entre la “metafísica” y el “mundo”, en el lenguaje de Jaurès. Él reunía al pensador y al trabajador, dándole al socialismo el diálogo del día a día entre el intelectual y la gente que la escuela proveía a los republicanos.

Durante todo el tiempo en que la impresión fue el terreno principal de reunión para este intercambio, la profesión del político y la del intelectual –desde el gran escritor hasta el tipógrafo– tenían una base común. En su ausencia, la pluma y el torno se dieron la espalda. La especialización de los políticos –como técnicos de la caza de votos– ha combinado eso del sector impreso, periodismo y edición. Desde el siglo XVII hasta el XX, la prensa ha encontrado lugares, puntos de contacto entre gente de distintas profesiones y clases, donde la polinización cruzada ha sido casi inevitable. Los escritores y parlamentarios no han compartido por mucho tiempo un equipo de herramientas común. La relación que alguna vez fue una consecuencia práctica y profesional ha caído en una *cocktail-party* irrelevante.*

El partido

Se ha escrito mucho sobre la decadencia de los partidos políticos y, por lo tanto, del proyecto socialista. Pero un factor que ha sido ignorado por mucho tiempo es la transición de lo escrito (flexible, descentralizado y asequible) a lo visual (industrial y caro); la estatura decreciente de lo impreso y la modificación de las técnicas de impresión. La fotocomposición destruyó las últimas bases culturales del movimiento de los trabajadores; las habilidades de quienes hacen los libros y su casta de expertos y comentaristas se han hecho tecnológicamente superfluas. La impresión ha perdido su dirección, el intelectual crítico su medio y los políticos socialistas su punto de referencia; todos han sido lanzados a una crisis. Si “la primera libertad de la prensa es que no es una industria”, debería agregarse que, de 1881 a 1970, la prensa ha sido también una industria. Ahora es

primero y sobre todo una industria. Es difícil pensar que, en 1904, Herr, Blue y Levy-Bruhl –un bibliotecario, un abogado y un académico– pudieran haber lanzado un diario como *L'Humanité*, con una primera edición de 138 mil ejemplares, con una sola venta de suscripciones de 850 mil francos. Las compañías de medios han cambiado su naturaleza junto con su tamaño. La concentración de acciones, el peso determinante del presupuesto de los anunciantes y el tamaño de la inversión requerida han aumentado el precio de la dirección de un periódico más allá de la billetera y de las capacidades técnicas de un puñado de intelectuales sin dinero.

La separación de quien produce los impresos de sus medios de producción en la esfera periodística, coincide con la de la teoría y la práctica en el terreno político. Aunque hay maquinarias electorales –llamadas todavía “partidos”, fuera de la inercia– que todavía sacan boletines internos para los indiferentes a quienes representan, se ha roto el arco que alguna vez unió la acción y el futuro, a los partidos y a los intelectuales. Los partidos han dejado de ser emisores de ideas alternativas, mientras los escritores y los pensadores deben proyectarse a través de las redes de transmisión que han adquirido por sí mismas una vida comercial e industrial. El cambio de la grafosfera a la videosfera ha disuelto la conexión entre la base técnica del partido y su lógica doctrinal. La distinción entre izquierda y derecha en política depende de los medios de producción para disentir: una red de periódicos, revistas, institutos de investigación, clubes de libros, conferencias, sociedades, etc., basada en las profesiones. No hay lucha de clases sin clases sociales; no hay lucha entre facciones sin opiniones en conflicto; no hay política sin polémica; y no hay batalla de ideas cuando el dinero se ha convertido en el único motivo en la guerra de las ondas de transmisión. En lugar de todo esto viene la lucha de las imágenes y las personalidades, las batallas entre la primicia y lo jugoso. Para eso no se necesitan partidos.

Los procedimientos de los congresos socialistas eran publicados completos seis meses después en un volumen que sería como la Biblia hasta la siguiente reunión –el del Congreso de Marsella de 1789, que unió al movimiento de los trabajadores

franceses, tenía 800 páginas. El mundo político nunca se había visto, como ahora, en tantos foros, conferencias, convenciones, pero ustedes buscarán en vano en las librerías su registro obligado. Los participantes “adoptan” las ideas como uno se cambia de ropa. Las intenciones (de registro) son meros pretextos para alianzas tácticas entre campeones del carisma televisivo. En términos mediáticos, sería sólo una pequeña exageración decir que como los debates no se publican, no hay un llamado a las ideas; la televisión –la nueva prueba de desempeño– no las necesita. De ahí la nueva ideología “antiideológica” y la sustitución de los programas de partido por planteamientos individuales, y de las posiciones teóricas por personales.

Naturalmente, los libros, las escuelas y los periódicos funcionan mejor que nunca. Nunca ha habido tantos volúmenes, estudiantes, autores y editores. Pero a la mediosfera no le importa la estadística. En su lugar puede haber muy bien una relación inversa entre el eclipse de la forma y la proliferación de contenido; entre la escala de producción y su calidad. La educación masiva primero diluyó y después eliminó el símbolo de la universidad y de la escuela. La educación es ahora un servicio público, como los que proveen el metro y la electricidad, que trata con clientes más que con alumnos. Hay muchas más bibliotecas públicas en la videosfera que en la grafosfera, pero las que eran utilizadas como un “taller del espíritu humano” (Abbe Gregoire) se convirtieron en un lugar de tránsito, de acceso a la información. Nunca tienen muchos libros a la vista –35 mil títulos al año en Francia– o en todo caso muchas copias. Pero el lector se está encogiendo, y el aura del libro, o lo que queda de ella, ha sido transferida al rostro del autor, pues es lo que aparece en la televisión. La palabra impresa puede todavía matar en algunos casos. ¿Pero puede dar lugar a que algo nazca? Y, si es así ¿a qué?

Tiempo, velocidad y ambiente

El principal elemento de una respuesta es la temporalidad. Las metáforas de la difusión, sean las del calor o las de los líquidos, tienden a implicar por decirlo de alguna manera, un lento proceso. En 1850 o 1880, una idea que se había comentado

alguna vez, no se perdía para siempre. La química se tomaba su tiempo. Un mensaje podía sobrevivir en su estante, esperando un encuentro posterior. El mejor ejemplo de este mecanismo de acción retardada es la propagación de la obra de Marx. Llevó veinte o treinta años para que sus trabajos publicados tuvieran algún efecto, y la demora entre la producción y la transmisión probó ser crucial para la influencia definitiva de la doctrina. La primera edición francesa del volumen I de *El Capital* tardó veinticinco años en venderse. En la famosa “Carta al ciudadano Maurice Lechâtre” de 1872 que es el prefacio del libro, Marx escribió: “Apruebo tu idea de publicar en etapas la traducción de *El Capital*. De esa manera el trabajo será más accesible para la clase trabajadora y, para mí, esta consideración supera a todas las otras.” Tomó cierto tiempo para que la dichosa clase trabajadora lograra el “acceso” al conocimiento de su propia explotación. De 1872 y 1875, le tomó a Lechâtre el envío de 44 secciones de 40 páginas cada una. La primera etapa salió impresa en un tiraje de 10 mil ejemplares a diez céntimos. Las ventas llegaron al máximo el primer día: se vendieron 234 ejemplares. Después vino el desastre. No había dinero para anunciarse, ni ningún apoyo de ninguna organización política. Fue 25 años después, con la ayuda del Partido Obrero de Jules Guesde, que se vendieron los libros restantes.¹³ De hecho, no fue sino hasta 1890 –siete años después de la muerte de Marx– que *El Capital* comenzó a ser tomado en serio entre un puñado de grupos de científicos y de militantes. Hasta ese momento, sólo había sido leído en forma condensada (el resumen de Delville de 1883, de 253 páginas), o presentado en seminarios como el de Lafargue.

El Manifiesto Comunista, publicado en Londres en alemán, causó poco revuelo. En el tiempo de la Comuna, en 1871, era visto como una “curiosidad bibliográfica”. Apareció apenas en 1872 en Francia, 24 años después de que fuera escrito, como cortesía de la hija de Marx, Laura Lafargue; alrededor de 1885, empezó a gozar de un éxito modesto. *La miseria de la filosofía* fue publicada por encargo en París en 1847. Seis meses después se habían vendido 96 copias. El editor envió ejemplares gratuitos a los amigos del autor en París, pidiéndoles sola-

mente los 15 *sous* que le costaban el paquete y el envío; cada uno de estos ejemplares fueron regresados al editor. La historia del comunismo de Alfred Sudre (1848) no dedica ni una palabra a Marx ni a Engels en sus 532 páginas. La primera edición de *El Capital* mereció dos reseñas en francés, las dos en oscuras revistas intelectuales. Una era de Maurice Blosh, en el *Journal des Economistes*; la otra era de Roberty en *Philosophie Positive*, donde éste le reprochaba al autor “no hacer nada más que críticas, sin ofrecer propuestas concretas para el futuro”. Un artículo sobre su trabajo en una revista especializada inglesa era algo todavía tan raro, que en el invierno de 1881 Marx se lo mostraría a su esposa en su lecho de muerte, “para iluminar sus momentos finales”, como él escribió. Si miramos hacia un mundo en donde la vida y la categoría del autor sostenían por entero todas las escuelas de investigación teórica en ciencias humanas, la cuestión es cómo todo el mundo llegó a estar “informado” cien años después sobre un escritor de libros difíciles, prácticamente desconocido, que no suscitaba en nadie ningún sentimiento de agitación.

Un segundo elemento: el ambiente. Los mamíferos fueron incapaces de propagarse por todo el planeta durante 140 millones de años de la era mesozoica; sólo la extinción repentina de los dinosaurios al final del cretácico, les permitió aventurarse hacia nichos más especializados y multiplicarse sobre las tierras desérticas. Hasta que el levantamiento geofísico de las masas continentales provocó un beneficioso cambio climático (y en consecuencia de la flora y de la fauna), la competencia entre los reptiles voladores y los braquiosaurios de 50 toneladas, era impensable; a ese grado era la desproporción de los medios de supervivencia entre las especies.

Los biotipos culturales no están equilibrados con una menor delicadeza y, en la jungla de las ideas sociales, la supervivencia de los más adaptados se ajusta a cierta proporción en los medios para luchar. Marx se benefició de las condiciones inusualmente estables de la grafosfera preindustrial: una población mundial más pequeña y con una educación limitada en Occidente significó que hubiera pocos libros en el mercado y que fuera más fácil la batalla de identificarlos; todas las armas vienen

siendo más o menos iguales. En los días de Marx, Hugo o Michelet, la circulación de un libro “difícil”, comparada con la de los *best sellers*, se mantenía en un radio aproximado de una a diez personas o, más comúnmente, de una a cinco. Ahora es de una a mil. Alrededor de 1848, el joven Marx había publicado cerca de miles de copias de cada panfleto o boletín periódico (800 copias de *La miseria de la filosofía*; mil de *El libro anual franco-alemán*, donde aparecieron “Sobre la cuestión judía” y “La contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel”). Pero los escritores de primera categoría no iban más allá de tres mil o cuatro mil. Más allá del enorme crecimiento del público lector, esa cifra es todavía el promedio de trabajos en teoría política, historia económica o sociología; el autor de una obra de investigación crítica que va contra los principios puede sentirse bendecido con dos mil lectores. Pero la idea de las plataformas masivas de lanzamiento a disposición de quienes predominan en las ventas, también sirve para pulverizar las producciones pequeñas, académicas, más complejas y, por lo tanto, más vulnerables, a las que no hay tiempo de forjarles un nicho por la drástica reducción en el promedio de esperanza de vida de los libros, de tres meses para las publicaciones; el resto podría estar en los escaparates de las librerías tres semanas. Las cifras de los editores han sido infladas, pero el índice de mortalidad las ha alcanzado.

Al parecer, no hubiera sido posible que se propagara la crítica marxista del capitalismo si el capitalismo industrial no hubiera estado ya dentro de la esfera de los bienes simbólicos: Marx se benefició de la clandestinidad de los circuitos culturales relacionados con esa producción de mercado. Cien años después, hubiera perdido la oportunidad. Todas las cosas hubieran sido iguales en otros terrenos, dentro de la lógica de la imagen y los mercados (los programas en los que se habla de literatura, los diez mejores de la semana); *Das Kapital* hubiera permanecido como apareció al principio: una extravagancia académica para los amantes de los libros y no la fuente de una corriente política masiva. Marx y Engels escribieron en la articulación de dos eras tecnológicas, la de las máquinas mecánicas, que aliviaban el esfuerzo muscular; y las “máquinas de energía”, que

aprovechaban las fuerzas naturales. El Estado socialista desarrolló una segunda articulación: la máquina en movimiento y el aparato de información, coche y televisión. De la misma manera, el siglo del comunismo creció y menguó sobre las dos eras: dos tipos de memoria, literal y analógica. El “socialismo científico” no sobreviviría al cambio de la transmisión electromecánica (la rotativa, el telégrafo) a los medios de comunicación electrónicos. El partido único no se ajustaba bien al teléfono; sobrevivió a la falta de cables, pero el radio de transistores fue su límite: el tubo catódico y el procesador de silicio significaron la crisis de las ventas al por mayor. Las transmisiones de radio a través de las fronteras barrieron con las reliquias y las transmisiones en vivo por satélite presidieron su funeral.

Una crisis de reproducción cultural como la del socialismo tiende a moldear las leyes que gobiernan otras culturas bajo una luz similar. Debimos cuidarnos de emular al trotskista estadounidense, quien, al registrar la extinción del trotskismo en Estados Unidos, en la época de la posguerra, planteó la muerte de todas las ideologías en el planeta. Confundir la cultura con una sola, el final de una era con el fin del tiempo, es el error tradicional de los tradicionalistas. Toda caída es heraldo de un renacimiento y los dioses que huyeron por la puerta del frente volverán tarde o temprano por la ventana.

Prisión, exilio y teléfono

Una ecología del socialismo debe también tomar en cuenta lo extracultural y no digamos los factores anticulturales que alguna vez aseguraron la cohesión de la comunidad. Como los musulmanes o los cristianos, un militante nunca está realmente aislado; es siempre miembro de un colectivo. El compromiso político opera transfiriendo la imagen del grupo al individuo, y la intensidad del sentimiento de pertenencia del militante es la medida de su capacidad de iniciativa. La etología nos ha enseñado que la unión en una sociedad de primates es proporcional a la hostilidad de su ambiente; en este aspecto, los revolucionarios, como todos los creyentes, son un poco más primitivos que la mayoría.¹⁴ Tienen una necesidad visceral de destierro y prisión. Ésas fueron las con-

diciones para la creación de un medio de pensamiento refractario obstinado. Impulsado por la burocracia, el “movimiento de los trabajadores” se deshizo, en su mente dejó de funcionar el momento en que negoció su envidiada categoría de oprimido por la posición fatal de opresor. De allí la inmensa superioridad espiritual de los disidentes del este europeo sobre la burocracia gobernante; como éstos recuperaron todos los recursos de la vieja *intelligentsia* separatista, la prisión y el exilio predominaron entre ellos. La lección obtenida de la gran expansión y contracción del socialismo es que mientras había represión había esperanza.

Para explicar: el socialismo era un intento de establecer una propagación a contracorriente en un medio hostil. ¿Podría la idea haberse convertido en una “ideología” si los microcírculos de solidaridad no hubieran establecido un ambiente mínimo para ellos dentro de los espacios formales? Redes de información, comunidades alternativas y contraculturas baratas y sustentables tenían la capacidad de resistir a las fuerzas que las asediaban sin cesar. Para que saltara la chispa del mito a la acción social, los electricistas de la emancipación de los trabajadores tuvieron que desconectar los principales cables e improvisar un cableado provisional propio. Los métodos clandestinos de organización servían como una caja de seguridad que protegía la telegrafía proletaria de la radiación y la interferencia de la burguesía. Lo novelesco de la clandestinidad era esencialmente un pragmatismo en la comunicación. Seguir las huellas de la revolución durante los dos siglos pasados nos haría ir por los muros acogedores y sombríos que Rabelais evoca como los lugares inevitables del “murmullo y la conjura”.

Sin embargo, con los ojos y los oídos ocupados cada tarde en los mismos noticieros en cuatro versiones, las paredes de la celda o de la sección ya fueron primero perforadas y después derrumbadas por las ondas de transmisión. Hasta el momento, ellas han tenido más o menos éxito en mantener una diferencia de presión o temperatura con respecto al mundo exterior. La homogeneización de los flujos simbólicos tiende a disolver los núcleos inconformistas en un gas común hegemónico. La televisión, que es ahora la interfase principal de los grupos sociales, erosiona las fronteras entre dentro

	Logosfera (Escritura)	Grafosfera (Letra impresa)	Videosfera (Audiovisual)
<i>Ideal de grupo; tendencia política</i>	Lo Uno (Ciudad, imperio, reino); absolutismo	Todo (nación, pueblo, Estado); nacionalismo y totalitarismo	Cada uno (población, sociedad, mundo) Individualismo y anomia
<i>Cifra de tiempo; vector</i>	Círculo (Lo eterno, repetición); orientación hacia el pasado	Línea (Historia, progreso); orientada al futuro	Punto (eventos actuales) Orientados a sí mismos: culto al presente
<i>Canónico de la generación</i>	Los mayores	Adulto	Juventud
<i>Espiritual</i>	La iglesia (profetas, clérigos)	<i>Intelligentsia</i> (profesores, doctores)	Medios (transmisiones al aire, productores)
<i>Referencia a la justificación de clase</i>	Lo divino (porque es sagrado)	El ideal (porque es verdad)	La eficacia (porque funciona)
<i>Fuerza que motiva</i>	Fe (fanatismo)	Leyes (dogmatismo)	La opinión (relativismo)
<i>Estatus del individuo</i>	Sujeto (para ser guiado)	Ciudadano (para ser convencido)	El consumidor (ser exitoso)
<i>Mito de identificación</i>	El santo	El héroe	La celebridad
<i>La máxima autoridad personal</i>	"Dios me dijo"	"Lo leo"	"Lo vi en la televisión"
<i>Bases de la autoridad simbólica</i>	El invisible	Lo legible	Lo visible
<i>Centro de gravedad subjetivo</i>	El alma	La conciencia	El cuerpo

y afuera, y los niveles de acceso a la información. Como militante de base, ¿por qué debería preocuparme en ir a las reuniones del partido cuando las noticias de la televisión me darán la esencia del debate de seis horas, y si mi vecino que está cruzando el pasillo hallará lo mismo que yo sobre mi partido, sin perder su tiempo? Y el periodista sabe tanto y más que el líder del partido, pues él habla con todos. El control ideológico de la televisión anula al del partido porque su forma de organizar al pueblo engulle a todos los grupos especializados.

En comparación, los nichos evolutivos del socialismo revolucionario fueron la prisión y el exilio. La prisión para concentrar; el exilio para hacer campaña. Leer y escribir eran por definición los

lujos que se perseguían, pues éstos implicaban tiempo de ocio. ¿Dónde podía gozar uno de más tiempo propio sino en las prisiones policíacas del siglo XIX? La prisión era la segunda universidad de los disidentes, su lugar de más alto aprendizaje y conciencia moral, "cuando un hombre sabe que lo colgarán en dos semanas —dijo Samuel Jonson— se puede concentrar maravillosamente". Y Proudhon dijo: "Todo lo que soy se lo debo a la desesperación." Los burócratas se cuidan de los intelectuales que salen de prisión: han madurado y tienen músculos. Los laboratorios de protesta social contra el capitalismo en Occidente y el comunismo en el este fueron los centros de detención y los campos de concentración de los

dictadores. La derecha y la izquierda, los revolucionarios y los contrarrevolucionarios (Joseph de Maistre o Solzhenitsyn, Dostoyevsky o Maurras) se beneficiaron cuando les llegó el turno de estos privilegios mediológicos. La religión ortodoxa salió de las colonias penales soviéticas en mejor forma de la que entró.

La honrosa enumeración de las prisiones europeas de 1840 a 1930 proporciona una lista de asistencia de marxistas laureados. Ésta termina con los campos de trabajo del estalinismo (y Victor Serge). En Occidente, los prisioneros del capital forman los eslabones de una cadena anticapitalista, de Babeuf a Proudhon, a Gramsci, a Bebel, a Guesde. La deportación a Siberia permitió a Lenin trabajar en su primera gran obra, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*; empezada en la prisión de San Petersburgo. Liebknecht, Luxemburgo, Trotsky, Blum (quien escribió su gran obra en prisión): casi todos ellos dejaron su huella en el socialismo al pasar un tiempo tras las rejas. El exilio nos lleva a Marx y Engels desterrados en su juventud. Durante medio siglo, la mayor parte de la *intelligentsia* rusa fue forzada a la clandestinidad por el régimen zarista –y así se organizó. El socialismo francés nació en Inglaterra; el comunismo italiano, chino y vietnamita nacieron en Francia. Perseguido en todas partes, el viejo socialismo logró adeptos al cruzar las fronteras y surgió como un producto puro de la cultura europea. El grado de civilización, dijo Lucien Herr, puede medirse por su grado de cosmopolitismo. Desarraigar la razón que despierta haciendo comparaciones siempre es un buen comienzo.

Stalin y Mao están ausentes de la lista de asistencia del exilio: Stalin raras veces salió de Rusia, o Mao de China (excepto para ir a Moscú, donde se encerró para no ver el mundo exterior). Los déspotas del feudalismo social tenían almas sedentarias. Como norma, los grandes paranoicos sólo hablan su lengua materna. Fascinados por su tierra, carecen de toda curiosidad por el otro, todo lo impulsa a desafiarlo o a fusionarse con él. Los autócratas tienen miedo a viajar, atemorizados de perder la orientación o de los encuentros desagradables.

Aunque la mediosfera parece haber despojado a las diásporas de su antigua productividad, el distanciamiento suele favorecer la creatividad intelectual al estimular el intercambio por escrito. Los cuerpos se encuentran con menos frecuencia,

pero las mentes contactan más cercanamente. Hay que considerar lo que debe el socialismo al arte epistolar: Marx y Engels desarrollaron la mitad de sus teorías en cartas, y casi toda su actividad política tuvo que pasar por un buzón de correos; la Primera Internacional fue concebida por Marx como una oficina central de correspondencia de la clase trabajadora. En nuestros días, los militantes socializan más y saben menos de las ideas de los otros. Mucha conversación implica menos controversia. El teléfono destruyó el arte de la correspondencia y, en el proceso, disminuyó la estatura moral de los intentos de sistematización racional; el e-mail no la ha restaurado. Raras veces tomamos el teléfono para desarrollar una compleja secuencia de principios o temas: utilizamos el *chat*. El discurso general ha quedado adherido a la parafernalia de la intimidad y la vida privada. El teléfono celular, la internet, la *laptop* y el avión son buenos para la internacionalización, pero ellos hacen la solidaridad menos orgánica –algo letal para el internacionalismo. Ellos expanden la esfera de las relaciones individuales pero las privatizan al mismo tiempo; particularizan, aunque globalicen. El teléfono celular es un permanente uno a uno. Se dirige a lo universal desde nuestras cabezas.

La crisis para el socialismo es, entonces, que aunque pueda continuar con sus principios fundamentales, no puede regresar a su lógica cultural básica, sus circuitos de producción y propagación de pensamiento. El colapso de la grafosfera lo ha forzado a recoger todas sus armas y juntarse a la videosfera, cuyas redes de pensamiento son fatales para su cultura. Un ejemplo práctico: encontrar afuera lo que uno va a ver en la televisión y entonces permanecer en casa. La detención del burgués en la casa; tras lo de “la casa de un hombre es su castillo” siempre está lo de “cada uno para sí mismo”. La desmovilización del ciudadano empieza con la inmovilidad física del espectador.

¿Qué más implicaciones para el pensamiento social podríamos concluir a partir de las “tres etapas” de la logosfera, la grafosfera, la videosfera –la palabra, la prensa, la pantalla? Sería posible tabular una serie de normas y funciones inherentes a cualquier colectividad social, y proyectar con ellas los modos y las formas en que se ha respondido a ellas en cualquiera de las etapas sucesivas (cuadro). Entonces, la autoridad simbólica de la

logosfera es invisible para la grafoesfera, la palabra impresa para la videosfera; lo visible para ésta es el estatus individual: sujeto, ciudadano, consumidor. Lo máximo para la autoridad personal: “Dios me lo dijo”; “Lo leí”; “Lo vi en la televisión”.

Aunque estos tres regímenes han ido, uno tras de otro, en el tiempo histórico, haciendo valer sus formas y modos predominantes, no se debería dejar de decir que cada uno de nosotros contiene a la vez las tres etapas. Nos soñamos fuera del tiempo; pensamos en nuestro siglo; nos imaginamos qué haremos con nuestro atardecer.

¹ Véase “Tours de médiologie générale”, París, 1991; este ensayo proviene de la “Neuvieme leçon: vie et mort d’un écosystème: le socialisme”.

² Citado en George Duvau, *La pensée ouvrière sur la éducation pendant la Seconde République et le Second Empire*, París, 1947.

³ G. W. F. Hegel, *Encyclopaedia*, párrafo 459, Pasaje analizado en Jacques Derrida, *De la gramatologie*, París, 1967, pp. 36-45.

⁴ Gérard Belloin, *Nos rêves, nos camarades*, París, 1979.

⁵ Eric Hobsbawm, “La diffusion del marxismo (1890-1905)”, *Studi storici*, vol. 15, núm. 2, 1974, pp. 241-269.

⁶ Victor Hugo, “A qui la faute?”, *L’Année terrible*, 1872.

⁷ Jules Vallés, *L’Insurgé*, Lausanne, 1968, pp. 48-49; Victor Hugo, *Ouvres complètes*, París, 1968, vol. VII, p. 678.

⁸ Participar, en 1961, en la campaña nacional de Cuba, que puso en contacto a un millón de campesinos analfabetos con la escritura, fue como un encuentro físico con la imaginaria gradual sobre el libro.

⁹ “Nosotros los teóricos o, como me gustaría mejor decir, los difusores de la Social Democracia”, en V. I. Lenin, “Two tactics of Social Democracy in the democratic revolution”, 1905, *Collected Works*, Moscú, 1965, vol. 9, pp. 15-140.

¹⁰ Hagamos notar que en formas extranjeras de “socialismo realmente existente” como la Camboya de Pol Pot, cuán lejano estaba el culto salvaje a la ignorancia rural, de la mística urbana de la alfabetización y el aprendizaje. El Khmer Rojo decretó: no a los libros, no a las escuelas. Saquearon las imprentas y las bibliotecas de Phnom Penh, cerraron la universidad; cerraron con candado las secundarias. El único medio al que se tenía acceso era el radio. ¡Un partido sin papel! El regreso de Pol Pot al sistema de la selva fue consistente: asesinar a quienes estaban educados durante un periodo que fuera más allá de la escuela primaria; xenofobia a gran escala; rechazo a la civilización urbana y la gerontofobia como axioma político (nadie de más de 23 años podía pertenecer a la organización).

¹¹ Belloin, *Nos rêves, nos camarades*.

¹² Charles Andler, *La vie de Lucien Herr*, París, 1977.

¹³ Véase Maurice Domangent, “L’Introduction du marxisme en France”, Lausanne, 1969.

¹⁴ Primate: mamífero placentario con dentadura completa y extremidades superiores prensiles.

* Juego intraducible con la palabra *party*, fiesta y partido a la vez. [N de la T.]

© *New Left Review*, vol. 46, julio-agosto de 2007.

Traducción: Alicia García Bergua.